

CÓMO INTERNET ESTÁ MATANDO LA DEMOCRACIA

Mauro Barberis

**Cómo Internet está
matando la democracia**

Traducción de
Mayté Chumberiza Tupac Yupanqui

PALESTRA EUROPA
MADRID – LIMA – 2024

CULTURA, SOCIEDAD Y POLÍTICA

DIRECTORES

Roberto Gargarella
Pedro P. Grández Castro

Cómo Internet está matando la democracia
Mauro Barberis

TÍTULO ORIGINAL

Come internet sta uccidendo la democrazia
Chiarelettere editore S. R. L., Milán, 2020.

PRIMERA EDICIÓN junio de 2024

© Mauro Barberis

© 2024: Palestra Editores S. A. C.

© de la traducción: Mayté Chumberiza Tupac Yupanqui

Plaza de la Bandera 125, Pueblo Libre, Lima, Perú
Príncipe de Vergara 33 / 5^ª IZDA. 28001, Madrid, España
Telf. (511) 6378902 – 6378903
palestra@palestraeditores.com
www.palestraeditores.com

CUIDADO DE EDICIÓN *Jesé David Arias Aguila*

DIAGRAMACIÓN *Raúl Morales Herrera*

IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN

Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pj. María Auxiliadora N.º 156, Breña, Lima, Perú
Junio, 2024

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N.º 2024-XXXXX

ISBN: 978-612-325-XXX-X

TIRAJE: 500 ejemplares

Impreso en el Perú | Printed in Peru

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, bajo ninguna forma o medio electrónico o impreso, incluyendo fotocopiado, grabado o almacenado en algún sistema informático, sin el consentimiento por escrito de los titulares del *copyright*.

A Carola

Pero ¿por qué seguir viniendo para hablar de ideales más nobles?

Centrémonos en los hechos: ganó el pueblo, es decir, “los esclavos”, “la plebe”, “el rebaño”.

Friedrich Nietzsche, *Genealogía de la moral*.

Contenido

Prólogo

Contra los especialistas.....	11
-------------------------------	----

Capítulo I

Populismo o democracia tomada literalmente

1. Introducción	15
2. Érase una vez la democracia.....	22
3. ¿Todavía existe la democracia?.....	30
4. ¿Existirá la democracia en el futuro?	39
5. Conclusión	51

Capítulo II

Brexit, Trump y el gobierno amarillo-azul Tres populismos digitales

1. Introducción	53
2. Brexit: populismo de oposición	56
3. Trump: populismo gubernamental	64
4. Gobierno amarillo-azul: populismo del gobierno y la oposición..	73
5. Conclusión	86

Capítulo III
El caballero oscuro
Heurística de la (in)seguridad

1. Introducción	89
2. Seguridad social	93
3. Seguridad pública y nacional	104
4. Seguridad “migratoria”	112
5. Conclusión	122

Capítulo IV
La caja de las maravillas
Tres explicaciones del populismo

1. Premisa	125
2. ¿Qué es una institución?	127
3. Una democracia demente	137
4. Tres explicaciones del populismo	147
5. Conclusión	164

Capítulo V
¿Podemos curarnos del populismo digital?
Tres posibles remedios

1. Introducción	167
2. Defender las instituciones contramayoritarias	170
3. Usar el populismo digital contra sí mismo	180
4. Regular Internet	186
5. Conclusión	199

Epílogo

Apólogo del simio digital	201
Agradecimientos	207

PRÓLOGO

Contra los especialistas

La ola populista que surgió en 2016, y que ha alcanzado un nivel de alerta en la primavera de 2019, no mostró signos de disminuir en noviembre del mismo año. Quizás sea hora de preguntarnos qué la originó.

Muchos de mi generación —especialmente mis colegas juristas, incluso cuando utilizan normalmente Internet, excepto las redes sociales— aún no han entendido nada; a menudo, menos que nada. Hemos visto muchas otras cosas, dicen, esperemos a que esta también pase. Por no hablar de los politólogos, a quienes el populismo pertenece en la división del trabajo académico. Muchos de ellos todavía lo consideran una especie de anomalía en la historia, un paréntesis de folklore que no debe tomarse demasiado en serio; algunos incluso niegan su existencia, los mejores lo dejan a sus colegas de segunda fila. Y lo entendemos: el populismo siempre ha sido la oveja negra del rebaño democrático, y es difícil acostumbrarse a la idea de que, más o menos, todas las ovejas pueden volverse negras.

Se quisiera reducir el populismo a un episodio, a un efecto de la crisis financiera de 2008 o de la crisis migratoria de 2015. Nada de pensar en un proceso de degeneración de la democracia representativa iniciado hace al menos un

siglo, que las crisis del tercer milenio no han hecho más que acelerar. Al fin y al cabo, ni siquiera podemos ponernos de acuerdo sobre una definición mínima del término “populismo”, también porque algunos siguen pensando que los “ismos” pueden definirse del mismo modo que “mesa” o “gato”.

En comparación con los politólogos, los sociólogos, los antropólogos e incluso los muchos filósofos que se han abocado a las cuestiones de web ya lo están haciendo mejor. Todos ellos, al menos, no ignoran lo que está claro para todos: que la ola populista siguió a la revolución digital: por una vez, *post hoc ergo propter hoc*. Por supuesto, la política ya se había convertido en un departamento de entretenimiento en los días del populismo televisivo. Pero hoy ya no lo practican los dueños de las televisoras, sino directamente los propios comediantes.

Si tienes hijos *millennials* y/o nativos digitales, sabes que el entretenimiento es solo una parte de la historia, y que Internet importa mucho más en nuestras vidas. Y con “nuestra” no me refiero solo a las vidas de nosotros, los últimos consumidores de papel impreso, que nos hemos vuelto sospechosos para los populistas solo por esta razón. Me refiero a la vida de todos: el ama de casa turca, el trabajador indio, el cortador de cabezas papú. Cada uno con su celular y sus obsesiones privadas, sociales, psíquicas y hasta psiquiátricas.

Participando en conferencias, he dicho a menudo, a fin de impresionar a muchos burgueses, que para estudiar los populismos actuales ya no necesitamos politólogos, sociólogos o mediaólogos, sino recurrir a psicólogos e incluso a psiquiatras. Puede parecer una falta de respeto hacia el pueblo soberano considerar que requiere tratamientos psiquiátricos. Sin embargo, debemos admitir que los psicólogos han entendido mucho más sobre el populismo actual que los politólogos: y que nadie diga que ha sido poco.

Quizás resulte sorprendente que la persona que escribe un libro tan ambicioso no sea uno de los muchos expertos que se centran en la democracia, sino un jurista. El caso es que los expertos han fracasado, y siguen fracasando: no solo no predijeron nada, hecho al que ya estamos acostumbrados, sino que ni siquiera ven las cosas que sabe cualquier propietario de un móvil. ¿Se puede decir, entonces, que un jurista curioso entiende más sobre los populismos actuales que muchos especialistas cegados por sus anteojos profesionales?

Al menos, el jurista está más impresionado por la facilidad con la que los líderes populistas realmente ignoran no solo los principios distintivos de la cultura occidental, sino incluso las reglas mínimas de la democracia. Quizás el autor sea demasiado sensible, pero todavía no ha conseguido acostumbrarse al cortocircuito populista entre el circuito de las instituciones, con todas sus reglas, y el circuito comunicacional mediático, con todos sus trucos.

También por esto, el libro que estás a punto de leer propone diagnósticos sencillos pero que escapan a los especialistas, intenta algunos pronósticos e incluso propone remedios. El diagnóstico, relativamente común, es que las redes sociales a las que tenemos acceso a través de los teléfonos móviles, los *smartphones*, ya no son simples medios (*media*) neutrales con respecto a los buenos o malos fines para los que las utilizamos. Son mucho más. Son el entorno de vida del *homo sapiens* en el tercer milenio, este extraño simio que ya no distingue entre lo real y lo virtual.

En cuanto al pronóstico, el populismo digital parece ser la forma de democracia más adecuada al entorno vital de Internet. Por lo tanto, las elites democráticas, recuperadas de la sorpresa, deberían dejar de consolarse con la retórica de salir del túnel, o del abismo al que nos arrastran los populistas. Y no solo porque ya estamos allí, en el abismo, y seguimos todavía cavando. El caso es que tanto el túnel

como el abismo también son narrativas, al igual que las narrativas populistas, solo que infinitamente menos atractivas.

La realidad siempre está en otra parte y la vida es corta, por lo que sería hora de proponer remedios. Afortunadamente, como veremos en la última parte del libro, el tratamiento del virus populista es casi obligatorio. Primero, defender instituciones contramayoritarias, no elegidas por el pueblo: la democracia nunca ha sido el gobierno del pueblo, en todo caso es el control del pueblo sobre el gobierno. En segundo lugar, utilizar el populismo digital como cura contra sí mismo: es decir, aprender a utilizar las redes sociales mejor que los populistas. En tercer lugar, si el problema es Internet, entonces Internet debe regularse.

Lo único seguro es que la solución no pasa por desconectarse de Internet, como propone a intervalos fijos el apocalíptico de turno. Sin duda, desconectar puede servir como terapia individual contra esa adicción a las redes sociales que puede afectar incluso a los mejores. Pero desconectarse por completo sería abandonar al resto de humanos al lavado de cerebro. Sin embargo, con las redes sociales debemos hacer como Ulises cuando escuchó el canto de las sirenas. Úselas, pero permaneciendo estrechamente vinculados al mástil de la racionalidad.

Génova-Trieste, noviembre de 2019